

va estrella en el cielo, ni una máquina para dominar las fuerzas brutas de la materia, ni una verdad para iluminar el espíritu.

En las cuestiones que la Iglesia presentaba á la consideración del mundo de los fieles, notábanse caracteres mortales. El primero es el carácter mundano. Todavía los poderes morales podían ejercer decisivo influjo en el mundo oponiendo á la corriente de las ideas positivistas modernas la corriente de las ideas metafísicas que Sócrates presintió, que Platon formuló, que Cristo popularizó en su vida y selló con su gloriosa muerte. Pero añadir al carácter utilitario de nuestro siglo utilitarismo, al carácter material materialismo, es perder hasta el encanto del contraste. Y todas las cuestiones propuestas se referían á las varias maneras de aumentar el poder material de la Iglesia. Y todas se compendaban en recoger del suelo ese freno de la teocracia que hemos roto en seis siglos de luchas formidables. Por consiguiente la Asamblea nacía muerta. Su obra había de ser frágil. Era de sentido común que, llamados y congregados los Obispos para salvar el poder temporal de los Papas, sólo acertarian á destruirlo, y á destruirlo para siempre.

Sobre la celebración del concilio se extendía una amenaza horrible. El héroe que ha llevado su nombre glorioso desde las orillas del Plata hasta las orillas del Tiber; su nombre, que es una epopeya de triunfos populares, se apercibía á entrar en Roma. La revolución romana se respiraba en los aires. Hay en aquella tierra esa corriente magnética de vida libre, de vida civil que se escapa del Foro, de las cenizas de los Gracos, de los sepulcros hacinados de tantos héroes de la libertad y tantos mártires de la inviolabilidad de la conciencia humana; y nada contra esa corriente ha podido la tiranía horrible de los Papas. Roma suspiraba por incorporarse de su lecho de muerte, por sacudir las cenizas que sobre ella han aglomerado quince siglos de errores. Garibaldi iba á coronar su

obra recogiendo del polvo la corona de Italia, que no es la corona de hierro de los reyes de Lombardía, sino la corona de laurel de los héroes de la República romana. El sentimiento civil y el sentimiento político no pueden morir en los pueblos modernos. Pero contra este sentimiento civil, contra este sentimiento político se han conjurado las preocupaciones religiosas de todas las muchedumbres que besan el pié del Papa, como si el pié de ningún hombre, por alto que esté, pudiera representar la conciencia moral del mundo. Y como en Francia, especialmente en los campos de Francia, hay tantas preocupaciones religiosas, Napoleon necesitaba mantener, al ménos, el poder temporal de los Papas, y deslumbrar así á tales gentes. Para sostener semejante política invocaba el tratado de Setiembre. Y el tratado de Setiembre invocaba á su vez el principio de no intervención; y si el poder romano caía por voluntad de los romanos, Francia no podía intervenir en Roma. ¿Qué nación intervendría? La Inglaterra y la Prusia nada tienen que ver con las cuestiones romanas. La Rusia retiraba hasta su embajador de Roma. El Papa de Oriente, el Papa de Occidente jamás se hallan en paz. Austria iba derechamente á romper su concordato con Roma, y en el momento en que destrozaba un compromiso religioso, no iría á contraer con la corte romana un compromiso político. Italia no se suicidaría levantando el poder que es á un tiempo mismo la negación de su unidad y la negación de su independencia. España quedaba á la sazón. Pero España no podía sostener una guerra con Italia para restaurar el poder temporal de los Papas. Además, como yo creo tanto en la eficacia de los principios liberales presentía y anunciaba entonces que para el día en que la cuestión de Roma se resolviera, España habría sacudido ya la tiranía que la deshonraba. Por consiguiente, el mundo moderno caminaba á una renovación. Y por todas partes se anunciaba el alborar de ese nuevo día.

Toda la política giraba sobre la convención de Setiembre. Y en la convención se había pactado respetar al Papa; mas también sacar las tropas francesas de Roma. En la corte pontificia eran grandes é incomprensibles los terrores por la evacuación de las tropas francesas. Aquel gran poder se mostraba en verdad más contrario á sí mismo que todos sus enemigos. La base principal del gobierno está en la voluntad del pueblo. Si esta base falta, no puede subsistir un gobierno. Ahora bien, desde el momento en que las tropas extranjeras salían de Roma, el Papa se iba á encontrar frente á frente de sus súbditos, es decir, el Papa se iba á encontrar en las condiciones de todos los gobiernos regulares. Si sus súbditos se sublevaban, si protestaban contra el gobierno de los Cardenales, la culpa sería de este gobierno, incapaz de sostenerse á la luz del siglo XIX. Los neo-católicos de toda Europa temían que la caída del poder temporal modificase hasta en su esencia el catolicismo. Hagámosles esta justicia; su temor era fundado. Estos principados eclesíales no pueden sostenerse en el mundo sino por el prestigio de lo sobrenatural que los rodea. Cuando este prestigio les falta, se vienen fatal, necesariamente, á tierra. Ya lo anunció el mayor entre todos los escritores políticos de Italia, Maquiavelo. Su profecía se cumple. No se puede gobernar con las bulas, con las indulgencias, con el hisopo, con el agua bendita, con la confesión y la comunión; no se puede gobernar con la coacción religiosa, y el Papa no gobierna. En el carácter analítico de nuestro siglo se aparta cada día más el poder temporal del poder espiritual. Pero si estos dos poderes se separan, si el segundo crece, es porque el poder espiritual ha perdido casi toda su fuerza. Si la conservara en el grado eminente de otros siglos, si fuera la luz de las conciencias, la vida de los corazones, el ideal de las sociedades, la regla moral de los caracteres, el poder espiritual sería también, al mismo tiempo, el que gobernaría po-

líticamente las sociedades humanas. Imaginaos lo que era en pasados siglos, cuando las coronas de los reyes recibían su luz de la tiara de los Papas, y lo que es hoy, cuando vacila y cae porque le faltan unas cuantas bayonetas extranjeras, y comprendereis cuánto ha madurado la razón humana.

Roma no podía libertarse de los progresos del siglo; Roma no podía creer en la virtud sobrenatural del poder de su Pontífice. Harto tiempo lo ha creído. Pero así como al principio de la Historia Moderna fué la última ciudad que se convirtió al cristianismo, fiel á los dioses antiguos, agentes de su inmenso poder, al principio de la nueva historia, es también la última ciudad que se convierte á las ideas de la nueva filosofía política, de las nuevas sociedades democráticas, fiel á sus pontífices que tan grande autoridad moral le han dado en el mundo. Pero no hay pueblo, por poderoso que parezca, por apegado á sus tradiciones, que se crea capaz de eximirse de la influencia de ese agente misterioso, impalpable, que se llama espíritu del siglo, formado por las ideas que se exhalan de la ciencia y que son el oxígeno, digámoslo así, de esta atmósfera moral. Ese espíritu del siglo, penetrando en Roma, ha disuelto sus instituciones, ha asfixiado su teocracia, la cual se asemeja á ciertas plantas venenosas que sólo pueden vivir en un aire mefítico. Roma quería, como los demás pueblos europeos, tribuna, prensa, derecho de asociación, código civil, la vida de los ciudadanos incompatible con el gobierno de los sacerdotes. Que tal era el estado de Roma, se demostraba por los temores de los cardenales y del Papa. ¿Qué haría en presencia de su pueblo el Pontífice? preguntaba todo el mundo. Había dos partidos en el colegio romano, el partido de los cardenales italianos y el partido de los cardenales extranjeros. Los cardenales italianos querían la conciliación con Italia. Los cardenales extranjeros querían el rompimiento completo y el abandono de

Roma por el Papa. Este partido se hallaba sustentado por los jesuitas, falange poderosa, ejército permanente de los Papas, cuyas riquezas materiales y cuya influencia moral le dan un predominio casi exclusivo en los consejos de Roma. El mundo sabía que el Papa se inclinaba á las resoluciones violentas de este partido violentísimo. Todos los síntomas anunciaban lo mismo. Pio IX se quejaba de que la Francia lo abandonara. Gladstone tuvo una conversacion con el Papa en la cual se trató de su posible retirada á Malta. Odo Russell habló, aunque lo negara públicamente, en el mismo sentido. El general Fleury, cuyas íntimas relaciones con el Emperador eran tan sabidas, marchó á Florencia para inclinar al gobierno italiano á que evitara una sublevacion en Roma, y la salida, por consiguiente, del Papa. El gobierno italiano parecia decidido á impedir conmociones en Roma. El mismo Mazzini, cuyo fanatismo republicano es tan exaltado, aconsejaba á sus compañeros calma, mucha calma, y á sus partidarios prudencia, mucha prudencia. Sabian que la violencia podia destruir la obra de la astucia, que un dia de demencia bastaba á destrozarse el trabajo de muchos años de prevision, y de sensatez y de cordura.

Pero proponia el emperador de Francia, para arreglar la cuestion de Roma, un Congreso europeo. No lo hubiera nunca creído, no lo hubiera ni aun imaginado. La cuestion de Roma no tenia, no podia tener otro arreglo sino el enérgico, pronto y radical propinado por Garibaldi: la caida del poder teocrático, mancha de Italia, foco de la reaccion universal. Yo no comprendia cómo se intentaba arreglar en congreso europeo la cuestion interior de un Estado, cuestion que sólo atañe á los ciudadanos de Roma. Si Europa se imaginaba con jurisdiccion sobre la Ciudad Eterna; si los diversos gobiernos se figuraban que tenian autoridad bastante para resolver un problema de gobierno interior, sometido por el derecho público á la soberanía de cada pue-

blo, ¿por qué no demandarian arreglar tambien la cuestion de los fenianos en Inglaterra, la cuestion del Sur en Alemania, la cuestion polaca en Rusia? Un Congreso europeo arreglando una cuestion interior de un pueblo, es enorme retroceso; recuerda aquellos nefastos dias en que, vencida hasta en sus últimas trincheras y en sus últimos disfraces la revolucion francesa, reuníanse en el Congreso de Viena los reyes de la Santa Alianza, y descuartizaban el mundo, y se dividian y se adjudicaban arbitrariamente sus despojos. Y si para justificar este atentado á los principios más elementales de nuestra civilizacion, se hablaba de la doble naturaleza que tiene el Papa, monarca y pontífice, respondia el comun sentido que no hay en el mundo europeo jefe de Estado, gracias á nuestras imperfectas condiciones de civilizacion, que no revista virtualmente este mismo carácter. La reina de Inglaterra es jefe de la Iglesia anglicana, el Emperador de Rusia jefe de la Iglesia griega, y el sultan de Constantinopla es el creyente de los creyentes, el depositario de la cimitarra de Omar, y del libro de Mahoma. Los mismos reyes católicos son hasta cierto punto, bajo cierto aspecto, jefes de sus diversas iglesias. Por el nombramiento de los obispos, y por el placet, y por la suprema direccion de la enseñanza pública y de la conciencia nacional, presidia Napoleon III la Iglesia galicana. Ese syllabus en que se han condensado todas las tremendas negaciones y todas las supersticiosas creencias con que la reaccion clerical quiere detener el progreso de la civilizacion y conservar en perpetua tutela el espíritu moderno sobre el inmundo detritus de los errores de la Edad Media; todo ese Syllabus, especie de Koran, no ha podido pasar los Alpes ni ser promulgado en las iglesias de Francia, porque el Emperador le ha opuesto su omnipotente veto. Pues bien; si en todos los pueblos tiene el jefe del Estado ese mismo carácter religioso, Europa debia intervenir en las cuestiones de disciplina an-

glicana, en el arreglo interior de la liturgia galicana, en las inflexibles leyes del Koran y en el patriarcado de Oriente. No se concibe mayor locura.

Y el Congreso no podia dar ningun resultado. Inflexible el Papa, como todos los poderes moribundos, demandaba la devolucion de sus antiguos Estados. España, la única potencia que existia adscrita á la teocracia romana, le apoyaba en sus pretensiones, continuando aquella desastrosa política que rompió nuestras armadas en mar, nuestros ejércitos en tierra, y que nos redujo á ser el ludibrio del mundo despues de haber sido sus dueños. No hubo pues ni una sola nacion que se adhiriera francamente á la idea del Congreso. Rusia, Prusia, Italia, Inglaterra, oponian dificultades de organizacion, dificultades de principios, dificultades diplomáticas, dificultades de todo género. Y mientras tanto, Italia se moria llevando ese cadáver en sus entrañas. Y mientras tanto, la independencia italiana era una mentira, porque el extranjero se hallaba posesionado de ese cuadrilátero moral que se llama Roma. Y mientras tanto, la reaccion europea, el derecho antiguo, la Inquisicion, la censura, tenian ese último asilo, esa última fortaleza, desde la cual amenazaban todas las conquistas de la civilizacion y todas las garantías del derecho. ¡Oh! La cruz, el patíbulo del esclavo antiguo, era por la muerte de Cristo el signo de la redencion universal, la esperanza del oprimido, el lábaro de la libertad; pero los tiranos la han profanado convirtiéndola en la cúspide de la corona de los reyes, y se han secado las raíces de ese árbol de la vida, que la sangre de nuevos mártires regará, á fin de que preste su sombra á las tres verdades de la democracia, á la libertad, á la igualdad, á la fraternidad entre todos los hombres; eternas verdades sociales que han de ser el Evangelio del porvenir.

Sí, en medio de todo, la civilizacion moderna

no puede morir. No ha llegado para ella el torpe sueño de Babilonia, la inmunda corrupcion de la antigua Roma. Tiene algo que sustituir á sus ídolos muertos, algo con que reemplazar su fé moribunda, tiene la libertad, tiene esa idea por la cual llegaremos á la plenitud de nuestro sér, tiene esa fórmula con la cual ahuyentaremos las sombras de todos los errores, y fundiremos la cadena de todos los esclavos. Pueda ser que muramos sin verla. Pero nos sostiene la esperanza de que la verán nuestros sucesores. Moisés sacó al pueblo hebreo de la esclavitud de Egipto, pero no entró con él en la tierra prometida. La descubrió desde una altura, y murió contento. Nosotros, que sólo tenemos la ambicion del bien, moriríamos tambien contentos si pudiésemos descubrir, aunque fuera al borde de la tumba, la tierra prometida de la libertad, esa patria del alma.

Lo cierto es que las inhábiles combinaciones diplomáticas de Napoleon III, y las contradictorias controversias del Senado francés, mostraban el cesarismo muriendo en Europa. ¡Qué diferencia tan extraordinaria de aquellos dias en que el César dominaba con absoluto dominio, y su palabra resonaba como una amenaza ó como una esperanza en todo el mundo! Cedia en Europa, cedia en América, cedia en todas partes á la victoria de sus enemigos; al influjo de la política contraria á Francia. Y en Italia, en la nacion que habia sido su obra y debiera ser su aliada, se encontraba frente á frente de problemas insolubles; y se inclinaba á sus eternos enemigos, como si tuviera ese instinto del suicidio que parece guiar á todos los poderes reaccionarios. No le faltaba ya más que citar un congreso europeo y luego no poder reunirlo; citar á todas las potencias y luego no poder congregarlas. Napoleon III se perdió por sus incertidumbres y vacilaciones entre la libertad y la reaccion; entre las nacionalidades y los déspotas; entre el Papa y la Italia.